



PRA
DO

¡CONOCER A
JESUCRISTO,
LO ES TODO!

ROBERT DAVIAUD

V4E3



PRA
DO

WHO

**¡CONOCER A
JESUCRISTO,
LO ES TODO!**

ROBERT DAVIAUD

PRA
DO

V4E

¡CONOCER A
JESUCRISTO,
LO ES TODO!

ROBERT DAVIAUD



“CONOCER A JESUCRISTO ES
TODO, EL RESTO NO ES NADA”.

Antonio Chevrier

“PORQUE SÓLO ESTE CONOCIMIENTO
PUEDE HACER SACERDOTES”.

Antonio Chevrier

PRAY

“Conocer a Jesucristo es todo, el resto no es nada”. “Porque sólo este conocimiento puede hacer sacerdotes”. Estas palabras del padre Chevrier (1826-1879) expresan el fundamento de la vocación presbiteral en toda su radicalidad. Bajo la inspiración del Espíritu Santo, se trata de vivir un profundo apego a la persona de Cristo, Enviado del Padre, a fin de compartir con toda la Iglesia su misión ante la humanidad. Para ello, todos aquellos que han recibido la ordenación sacerdotal están invitados a conocer mejor a Jesucristo, a amarlo de verdad, a seguirlo más de cerca por el camino del amor verdadero y de la caridad pastoral.

El beato Antonio Chevrier, sacerdote diocesano de Lyon, en Francia, vivió todo su ministerio ante la población de un barrio pobre. Animado por un resplandor interior y una fuerte experiencia mística, este sacerdote nunca dejó de profundizar la manera en que Dios viene a salvar “a los pobres, a los ignorantes y a los pecadores”, a través de la humildad del niño Jesús, la vida entregada en el Calvario y el don de Dios recibido en cada Eucaristía. La iluminación recibida la noche de Navidad de 1856, mientras oraba ante el pesebre, orientó profundamente su vida de discípulo y de apóstol de Cristo.

Debido a que la tarea es absorbente, el padre Chevrier siempre dedicó un tiempo considerable al trabajo y la meditación de la Palabra de Dios todos los días. Como animado por un “impulso santo”, nunca dejó de buscar cómo anunciar el Evangelio, particularmente a los niños y a los jóvenes más desfavorecidos y abandonados. Para ello, adquirió el antiguo salón de baile del Prado. Ahí acondicionó primero una capilla, luego locales para permitir la formación de estos jóvenes con miras a la primera comunión. Abrió también una “escuela clerical” para preparar a jóvenes para que entraran al seminario y luego seguirlos hasta su ordenación. Para la formación de sacerdotes pobres para los pobres escribió el libro *El Sacerdote según el Evangelio o el verdadero discípulo de Nuestro Señor Jesucristo*.

Al ser un verdadero educador de la fe, el padre Chevrier transcribió sobre los muros de una cabaña a la que le gustaba retirarse cerca de Lyon, lo que constituye la parte esencial de la vida del sacerdote. El texto al que llamamos “el Mural de Saint-Fons” se reproduce al final de esta obra. Al meditar el camino de Jesucristo en el pesebre, en la cruz y en el tabernáculo, el padre Chevrier mostró cómo el sacerdote, “*Sacerdos alter Christus*” es “un hombre despojado”, “un hombre crucificado”, “un hombre comido”. En esta imitación y en este seguimiento de Cristo Buen Pastor se encuentran la fuente de la eficacia apostólica y la verdadera alegría de aquel que da la propia vida para el servicio de la Iglesia y de la humanidad.

Los textos que conforman el contenido de la presente obra fueron escritos originalmente para miembros o gente cercana de la Asociación de los Sacerdotes del Prado. Sin embargo, la referencia constante a las Escrituras y a la experiencia del padre Chevrier permite alcanzar a muchos otros sacerdotes, atraídos por una exigencia de santidad, al centro mismo de la misión confiada por el Obispo. Debido a que cada escrito tiene su lógica propia, de hecho hay cierto número de repeticiones, particularmente en las citas de la Biblia o de los escritos del padre Chevrier.

Las referencias precisas a los textos del padre Chevrier no siempre se señalan. Cuando lo son, se extraen sea del libro *El Verdadero Discípulo* (VD), sea de las Cartas escritas por el padre Chevrier (L) o bien de una recopilación de textos titulada *El camino del discípulo y del apóstol* (CDA). Hay que notar el uso de las siglas LG para indicar la Constitución *Lumen Gentium* del concilio Vaticano II.

Padre Robert Daviaud,
Sacerdote de la diócesis de Luçon en Francia,
responsable general de la Asociación de los
Sacerdotes del Prado

A través del tema: “fidelidad de Cristo, fidelidad del sacerdote”, el Papa nos invita, en cada presbiterio, a una profunda renovación interior en nuestra vida de discípulo de Jesús, así como a un nuevo dinamismo de nuestro compromiso misionero.

En tanto que Asociación que reúne sacerdotes diocesanos, el Prado se siente directamente llamado por “el Año sacerdotal” deseado por Benedicto XVI.

Al servicio de Cristo, único Sacerdote, el sacerdocio ministerial de los obispos y de los sacerdotes está ordenado al sacerdocio de los fieles. Se trata, bajo la guía del Espíritu Santo, de anunciar el Evangelio, de transmitir la vida divina, de reunir y de conducir al pueblo sacerdotal. Así, la creación y la humanidad se ponen, en ofrenda, en manos del Padre. La misión y la oración de la Iglesia sobre esta tierra sirven a “la gloria de Dios y la salvación del mundo”.

Las palabras de san Pablo son de gran luz: “la gracia que Dios me ha dado: la de ser ministro de Jesucristo entre los paganos, ejerciendo el oficio sagrado de anunciar la Buena Noticia de Dios, a fin de que los paganos lleguen a ser una ofrenda agradable a Dios, santificada por el Espíritu Santo”. (Rm 15, 16). Esta finalidad se expresa muy particularmente en la celebración de la Eucaristía y el compromiso apostólico al centro de nuestras diversas sociedades.

UN TIEMPO DE ACCIÓN DE GRACIAS

Nuestra primera actitud es la de la alabanza al Padre, por Jesucristo muerto y resucitado, “él que está a la derecha de Dios e intercede por nosotros” (Rm 8, 34). El Espíritu Santo nos dio a la Iglesia para representar a Cristo, único Maestro, único Sacerdote, único Pastor y único Esposo, a fin de permitir que el mundo tenga la vida en abundancia. Esta elección determina la totalidad de nuestra existencia, tomada por Cristo y su misión. A pesar de las dificultades que puedan surgir, estamos agradecidos al Señor y a la Iglesia por este camino de servicio y de alegría.

Nuestra alabanza se extiende a las diferentes figuras de sacerdotes que nos dan testimonio de una vida entregada en seguimiento de Cristo y dedicada por completo al trabajo en la obra del Padre. El Papa pone en alto la santidad y ejemplaridad de Juan María Vianney. A través de su pobreza, su oración intensa, su sentido de la gracia recibida cuando celebraba los sacramentos de la Reconciliación y de la Eucaristía, en su preocupación por la salvación de la gente, y en su entera disponibilidad para ser “un pastor según el corazón de Dios”, el Cura de Ars nos muestra cómo el Espíritu Santo actúa en una persona por el bien de la Iglesia.

También damos gracias por el padre Chevrier, que conoció al Cura de Ars y lo tenía en alta estima. En el contexto de un barrio olvidado de una gran ciudad, el apóstol de la Guillotière, cercano de los más pobres y verdadero educador de la fe, en particular de los niños y de los jóvenes, supo poner en acción la gracia recibida de Dios en su oración ante el pesebre en la Navidad de 1856.

Apasionado por Cristo y por la Palabra de Dios, se sintió particularmente llamado a formar sacerdotes capaces de servir a Cristo entre las poblaciones de los desprovistos. En este año sacerdotal, nos sorprende mucho la actualidad del ideal sacerdotal que el padre Chevrier escribió en los muros de una cabaña a la que se retiraba, en Saint-Fons, para trabajar el Evangelio y orar. Lo mismo sucede con el único libro que nos dejó como manual de formación: *El Sacerdote según el Evangelio o el verdadero discípulo de Nuestro Señor Jesucristo*”.

Nuestra alabanza puede englobar también a otros sacerdotes cuya memoria conservamos. Se invita además a las diversas Iglesias a resaltar las figuras de sacerdotes que han marcado su historia. En el mismo Prado, damos gracias al Señor por los compañeros que nos han dejado un buen testimonio. En la Comunión de los Santos, creemos que ellos siguen apoyándonos con su oración. Pienso en particular en Monseñor Alfred Ancel por el lugar que ocupó en nuestra familia y en la Iglesia. Supo sacar a la luz el carisma del padre Chevrier en una fidelidad constante para con los más pobres y en un dinamismo misionero que nunca se debilitó.